

DOUGLAS STUART
Historia de Shuggie Bain

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ



A principios de los ochenta, Glasgow agoniza: la que fuera una próspera ciudad minera se ve ahora azotada por las políticas de Thatcher, que empujan a las familias al desempleo y el desaliento. Agnes Bain es una mujer bellísima y sin suerte que siempre soñó con alcanzar una vida mejor: una casa bonita y una felicidad que no tuviera que pagar a plazos. Cuando su marido, un taxista expansivo y mujeriego, la abandona por otra, Agnes se ve sola a cargo de tres hijos en un barrio sumido en la miseria y la decepción, hundiéndose más y más en el pozo sin fondo de la bebida. Sus hijos harán lo posible por salvarla, pero, obligados ellos mismos a salir adelante, acabarán por rendirse uno a uno. Todos menos Shuggie, el hijo menor, el único que se niega a ceder, el que con su amor incondicional mantiene a flote a Agnes. A Shuggie, un niño sensible, amanerado y un tanto redicho, le mortifica que los hijos de los mineros se rían de él y que los adultos lo tachen de «distinto», pero, testarudo como es, también está convencido de que si se esfuerza al máximo conseguirá ser tan «normal» como los demás chicos y logrará ayudar a su madre a escapar de este lugar sin esperanza. Ganadora del prestigioso Premio Booker, *Historia de Shuggie Bain* es una novela tierna y devastadora sobre la pobreza y los límites del amor, una narración que, con su compasiva mirada a la dolorosa lucha de una mujer contra la adicción, la frustración y la soledad, se erige en un emocionante homenaje a la fe inquebrantable de un hijo decidido a salvar a su madre cueste lo que cueste.

A mi madre, A.E.D.

1992
SOUTH SIDE

UNO

Era un día opaco. Tenía la mente en otro lugar aquella mañana, pero su cuerpo, en cambio, seguía deambulando por allí. Aquel cuerpo vacío iba completando con languidez las tareas rutinarias, con los ojos ausentes y la piel pálida bajo los tubos fluorescentes, mientras su alma flotaba sobre los pasillos sin dejar de pensar en el mañana. El mañana era algo que anhelaba con todas sus fuerzas.

Shuggie lo organizaba todo metódicamente antes de comenzar el turno. Vertía las salsas aceitosas y las cremas untables en fuentes limpias. Se aseguraba de que no quedase ningún resto en los bordes, ya que se pondría marrón enseguida y arruinaría la ilusoria impresión de producto fresco. Coronaba artísticamente las lonchas de jamón con ramitas de perejil artificial y volcaba las aceitunas para que el jugo viscoso se derramase como mucosa sobre su piel verde.

Anne McGee, la dueña, tuvo la cara dura de llamar aquella mañana y decir que estaba enferma otra vez, dejándolo con la ingrata responsabilidad de tener que encargarse él solo de la charcutería y el asador. Era imposible empezar bien ningún día con seis docenas de pollos crudos, pero hoy, que además tendría que poner fin a sus apacibles ensoñaciones, menos aún.

Ensartó todas las aves en pinchos industriales y luego las fue colocando cuidadosamente en fila. Estaban allí, frías y muertas, con las alas cruzadas sobre sus rollizas pechugitas, como tantos otros pollos decapitados. Hubo un tiempo en que se habría sentido orgulloso de su impecable orden. En realidad, clavar el metal en aquel pellejo rosa y granulado era la parte fácil del asunto; lo verdadera-

mente difícil era vencer el impulso y no hacer lo mismo con las clientas. A través del ardiente cristal, se ponían a escrutar todos y cada uno de aquellos cadáveres hasta que elegían el mejor, sin saber que en realidad todos los pollos eran idénticos, pues procedían de granjas intensivas. Shuggie se quedaba allí, pinzándose el interior de los carrillos con los molares posteriores, condescendiendo a la indecisión de las clientas con una sonrisa forzada. Acto seguido daba comienzo la auténtica pantomima.

—Ponme tres pechugas, cinco muslos y una alita, hijo.

Le rogaba a Dios que le diese fuerzas. ¿Por qué nadie quería ya un pollo entero? Valiéndose de unas largas tenazas, cogía el cadáver y se aseguraba de no tocar ningún ave con los guantes; luego lo trinchaba hábilmente (dejando la piel intacta) con unas tijeras de cocina. Allí, frente a las luces del asador, se sentía como un imbécil. El cuero cabelludo le sudaba bajo la redecilla, no tenía fuerza en las manos para despedazar debidamente el pollo con las tijeras. Tenía que encorvarse un poco, lo justo para activar los músculos de la espalda y ejercer más presión sobre las muñecas, y todo sin perder en ningún momento la sonrisa.

A veces, si tenía muy mala suerte, las tenazas se le resbalaban y el pollo acababa rodando por el áspero suelo. Entonces tenía que hacer el numerito de disculparse y empezar de nuevo, aunque en realidad nunca desperdiciaba un pollo sucio. En cuanto las mujeres se daban la vuelta, lo volvía a poner junto a sus hermanos bajo las ardientes luces amarillas. La higiene era importante para él, pero esas pequeñas victorias privadas mitigaban en parte sus deseos de sublevación. Era lo que se merecían la mayoría de las amas de casa que compraban allí, con esas caras de marimacho que tenían, por criticonas. Lo miraban con tal desprecio que la nuca se le ponía de un rojo escarlata. Si tenía un día especialmente malo, le daba por echar todo tipo de fluidos corporales en la *tamosalata*. Era inquieto.

tante lo mucho que se vendía esa mierda burguesa a base de huevas de pescado.

Llevaba más de un año trabajando en el Kilfeathers. Nunca había tenido intención de quedarse tanto tiempo. Pero, claro, tenía que comer y pagar el alquiler semanal, y aquel supermercado era el único sitio donde contrataban a gente como él. El señor Kilfeather era un capullo y un cicatero; solo quería empleados a los que no tuviese que pagar un sueldo íntegro de adulto, y a Shuggie le venían bien esos turnos cortos, pues podía compaginarlos con las clases en el instituto. Soñaba con dejar aquello y prosperar. Lo que de verdad le gustaba, desde siempre, era el pelo, cepillarlo, jugar con él: era la única actividad con la que el tiempo se le pasaba volando. Cuando cumplió los dieciséis, se prometió a sí mismo que iría a la escuela de peluquería, situada al sur del río Clyde. Así que después de reunir todas sus fuentes de inspiración –bocetos copiados del catálogo Littlewoods y varias páginas arrancadas de la revista *Sunday*–, cogió un autobús y fue al Cardonald College a solicitar información sobre las clases nocturnas. Se bajó en la parada de la escuela junto con media docena de chavales de dieciocho años que iban vestidos a la última e intentaban disimular sus nervios con una cháchara confiada y enérgica. Shuggie andaba la mitad de rápido que ellos. Los vio entrar por la puerta principal y, acto seguido, cruzó de nuevo la calle para tomar el autobús que iba en dirección contraria. Una semana después, empezó a trabajar en el Kilfeathers.

Shuggie se pasó gran parte del descanso examinando latas defectuosas de la sección de chollos. Encontró tres latitas de salmón escocés sin apenas desperfectos. Las etiquetas tenían arañazos y marcas, pero las latas en sí estaban intactas. Pagó la pequeña compra con su último salario y metió las latas en la vieja mochila del colegio, que a su vez guardó en la taquilla, bajo llave. Subió las escaleras hasta la cantina e intentó aparentar indiferencia al pasar

junto a las mesas de universitarios que trabajaban en el Kilfeathers solo durante el verano y se pasaban el descanso dándose las de importantes con sus carpetas llenas de apuntes y esquemas. Clavó la mirada en un punto indefinido y se sentó aparte, no con las chicas que trabajaban de cajeras, pero bastante cerca de ellas.

En realidad, las chicas eran tres mujeres de Glasgow de mediana edad. Ena, la líder, era un fideíllito con cara de póker y el pelo grasiento. Prácticamente no tenía cejas, pero sí un leve bigote, algo que a Shuggie le parecía injusto. Ena era fea incluso para esta zona de Glasgow, pero también buena y generosa, como solo sabe serlo la gente que las pasa canutas. Nora, la más joven de las tres, llevaba el pelo repeinado hacia atrás, muy tirante, sujeto con una goma. Sus ojos, al igual que los de Ena, eran pequeños y afilados, y a sus treinta y tres años ya era madre de cinco hijos. La última del grupo era Jackie. Lo que la distinguía de las otras dos era que, a grandes rasgos, sí parecía una mujer. De hecho, era una mujerona, con sus buenas curvas, y cotilla como ella sola. Jackie era la favorita de Shuggie.

Se sentó cerca de ellas a tiempo de enterarse del final de la saga del último novio de Jackie. Eran mujeres de buen corazón y siempre estaban de cháchara, eso por descontado. Un par de noches se lo habían llevado al bingo y, mientras se tomaban sus copitas y se reían a carcajada limpia, él se quedaba sentado entre ellas, como un adolescente irresponsable al que no se puede dejar solo en casa. Shuggie se sentía cómodo, era fácil estar con ellas. Le gustaba el modo en que lo rodeaban entre todas, sus carnes blandas presionándole los costados. Estaban todo el rato toqueteándolo; aunque él les decía que lo dejarasen en paz, en el fondo le encantaba cuando le apartaban el flequillo de los ojos o se chupaban los pulgares para limpiarle las comisuras de los labios. Para las mujeres, él ofrecía una suerte de atención masculina, independiente-

mente de que solo tuviese dieciséis años y tres meses. En las mesas del bingo La Scala, aquellas mujeres habían intentado al menos una vez restregarse contra la polla de Shuggie. Eran caricias demasiado largas y anhelantes como para ser accidentales de verdad. En el caso de Ena, la sin cejas, la cosa podía llegar a tomar tintes de cruzada. Cuantas más copas llevaba encima, más descarada se volvía. Una vez empezó a rozarle la entrepierna con los nudillos mientras se relamía los labios y lo miraba fijamente con sus fogosos ojos. Shuggie acabó poniéndose como un tomate; frustrada, Ena chasqueó la lengua y Jackie plantó dos billetes de una libra sobre la mesa: Nora había ganado y estaba sonriendo de oreja a oreja. Fue decepcionante, claro, pero se tomaron unas cuantas copas más y llegaron a la conclusión de que no había sido un rechazo exactamente. Al muchacho le pasaba algo, algo que les producía lástima más que otra cosa.

Shuggie estaba sentado en la oscuridad escuchando los irregulares ronquidos que atravesaban las paredes de la vivienda. Intentaba, sin éxito, ignorar a aquellos hombres solitarios, sin familia, sin nadie. El frío de la mañana había convertido sus muslos desnudos en un tartán azul, así que cogió una fina toalla, se envolvió en ella para entrar en calor y empezó a mordisquearla por una esquina. Le producía alivio sentir el tejido entre los dientes. Colocó el dinero de los últimos sueldos del supermercado en el borde de la mesa. Primero ordenó las monedas por valor, después por acuñación y brillo.

En la habitación de al lado se oyeron crujidos, el hombre de la cara rosa estaba volviendo a la vida. Tumbado en el catre, empezó a rascarse enérgicamente el cuerpo mientras rezaba entre susurros por que Dios le diese fuerzas para levantarse. Sus pies golpearon el suelo, un ruido sordo, como bolsas llenas de filetes del carnicero, y por los sonidos que hizo, parecía que le estaba costando mucho atravesar la pequeña habitación y llegar a la puerta.

Buscó la llave a tientas y salió al pasillo, que siempre estaba oscuro, deslizando la mano a ciegas por la pared, apoyándose en la puerta de Shuggie. El chico contuvo la respiración mientras los dedos del señor recorrían la moldura. Hasta que no oyó el ploc ploc del cordón de la lámpara del baño, Shuggie no volvió a moverse. Después, el viejo empezó a toser, sus pulmones expectorando, regresando a la vida. Shuggie trató de no escuchar cómo meaba y escupía esputos al váter al mismo tiempo.

La luz de la mañana era del color del té con demasiada leche. Se estaba colando en el estudio como un fantasma cauteloso, había atravesado la moqueta y ascendía lentamente, centímetro a centímetro, por sus piernas desnudas. Shuggie cerró los ojos e intentó sentir cómo la luz trepaba por él, pero era una sensación desprovista de calor. Esperó un poco más, hasta que creyó estar totalmente envuelto en luz, y volvió a abrir los ojos.

Allí estaban mirándolo, cientos de pares de ojos pintados sobre porcelana, solitarios o con el corazón roto, tal y como habían estado siempre. Las bailarinas con los cachorrillos, los marineros bailando con la chica española, y el joven granjero de tez rosada tirando del perezoso caballo de Shire. Shuggie había colocado cuidadosamente las figuritas sobre la repisa de la ventana mirador. Se había pasado horas inventándose historias sobre ellos. El herrero con sus fuertes brazos entre los niños del coro, todos con cara de ángeles; o su favorita: seis o siete gatitos gigantes sonriendo y amenazando al gandul del pastor.

Al menos le daban un poco de vida a aquel espacio. El estudio era más alto que largo; la cama individual, situada en el centro, servía de pared divisoria. A un lado había un antiguo sofá de dos plazas, de esos de madera, con el acolchamiento tan fino que siempre se le clavaban los listones en la espalda. Al otro lado se encontraban una pequeña nevera y una cocina Baby Belling de dos fuegos. A excepción de las sábanas arrugadas, todo estaba en or-

den: ni polvo, ni ropa sucia del día anterior, ningún signo de vida. Shuggie intentó tranquilizarse mientras alisaba las sábanas con la mano. Se acordó de su madre; qué disgusto tan grande se habría llevado si hubiese visto aquella cama, con cada sábana de un color y un diseño diferentes, una encima de la otra, a saber lo que diría la gente. Semejante leonera habría herido su orgullo. Algún día, Shuggie tendría dinero y se compraría sus propias sábanas, suaves y calentitas, y todas a juego.

Tuvo suerte de que la señora Bakhsh, la dueña de la pensión, le alquilase el estudio. También de que al viejo que estaba antes que él lo hubiesen encarcelado por su afición a empinar el codo. La amplia ventana mirador se asomaba orgullosa a Albert Drive, Shuggie supuso que su habitación había sido antaño el salón de un gran piso de tres dormitorios. También le enseñaron otras habitaciones de la casa. La cocinita —que la señora Bakhsh había convertido en un dormitorio— conservaba el suelo original de linóleo con cuadros en blanco y negro; las tres habitaciones restantes, más compactas, seguían teniendo las moquetas originales, raídas a día de hoy. El hombre de la cara rosa vivía en lo que en su época debió de ser el cuarto del bebé, con las paredes empapeladas de flores amarillas y un desfile de risueños conejitos bordeando la moldura del techo. El sofá, la cama y la cocina estaban en la misma pared, todo apelotonado. Shuggie lo vio un día que el hombre se había dejado la puerta entreabierta, y se alegró de tener su enorme ventana mirador.

Había tenido suerte de dar con los paquistaníes. Los demás propietarios se habían negado a tratar con un chaval de quince años que pretendía hacerles creer que había cumplido los dieciséis el día anterior. No lo dijeron abiertamente, pero tenían demasiadas preguntas. Lo miraron de arriba abajo, con recelo, fijándose en la camisa del colegio que llevaba puesta, los zapatos tan limpios y brillantes. «Esto no pinta bien», dijeron sus ojos. Y por la

mueca de sus labios supo lo que estaban pensando: qué desgracia, un chaval de su edad sin madre ni ningún familiar ni nadie.

A la señora Bakhsh le dio igual. Miró la mochila del colegio, la renta de un mes que le iba a pagar por adelantado y se largó de allí: ella ya tenía sus propios críos a los que alimentar y de los que preocuparse. Shuggie había decorado con bolígrafo azul el sobre del dinero especialmente para ella. Era su forma de demostrarle que le importaba hacer bien las cosas, que era lo bastante responsable como para tomarse ese tipo de molestias. En una hoja arrancada del cuaderno de Geografía había dibujado formas de cachemira para adornar el nombre de la señora; luego fue coloreando los huecos que quedaban entre las líneas en un glorioso azul cobalto que realzaba aquellas formas sinuosas.

La propietaria vivía enfrente, en un piso idéntico, pero lleno de muebles y con calefacción central. En el otro piso –el frío–, la señora proporcionaba alojamiento a cinco hombres, cada uno en una habitación, por dieciocho libras y cincuenta peniques a la semana, renta que recaudaba semanalmente y solo en efectivo. Los dos hombres que no recibían ninguna prestación social, en cuanto conseguían un trabajo, tenían que meter la primera paga semanal del mes bajo la puerta de la señora en cuanto cobraban, antes de irse al pub y beberse el resto. Se ponían de rodillas sobre el felpudo y se quedaban allí un momento, espionando la alegría que emanaba de dentro: el olor de la carne de pollo cociéndose en peroles, la feliz algarabía de los niños peleándose por qué canal ver en la tele, las risas de rollizas mujeres diciendo palabras extranjeras en torno a mesas de cocina.

La propietaria nunca molestaba a Shuggie. No pisaba ninguna habitación salvo en caso de demora en el pago de la renta. Cuando eso ocurría, aparecía con otra mujer paquistaní de gruesos brazos y entre las dos se ponían a

aporrear las puertas de los morosos. La mayoría de las veces solo iba para pasar la aspiradora al pasillo —que no tenía ventanas— o para limpiar el baño. Una vez al mes echaba lejía en el váter, y de vez en cuando ponía un trozo nuevo de moqueta alrededor de la base del inodoro para absorber las salpicaduras de meado.

Shuggie apoyó la cara en la puerta y escuchó al hombre de la cara rosa finalizar sus abluciones. En el silencio, oyó cómo abrió el pestillo del baño y salió de nuevo al pasillo. El chico metió los pies en sus viejos zapatos del colegio. Directamente sobre los calzoncillos, se puso la ruidosa parka de piel sintética rematada con una capucha de piel. Se subió la cremallera hasta arriba y se metió una bolsa del Kilfeathers y dos paños de cocina en los amplios bolsillos militares.

El hueco entre el suelo y la puerta de su habitación estaba tapado con un jersey. Cuando lo quitó, una fría corriente de aire le trajo el olor de los otros hombres. Uno de ellos se había pasado la noche fumando; otro había cenado pescado. Shuggie abrió la puerta y se internó en la oscuridad.

La señora Bakhsh se había llevado la única bombilla que colgaba del aplique del techo, decía que los hombres la dejaban encendida a todas horas y le estaban haciendo perder un dineral. Ahora, el olor de aquellos hombres flotaba en el pasillo como un rastro espectral, a salvo de la brisa y de la luz. Años y años fumando en el mismo sitio donde dormían, comiendo fritanga delante de estufas de gas Calor, pasando los días de verano con las ventanas cerradas. El olor rancio a sudor y corridas se mezclaba con el calor estático de los televisores en blanco y negro y el pungente aroma a ámbar de la loción de afeitar.

Últimamente, Shuggie había aprendido a diferenciarlos. En la oscuridad, era capaz de seguir los pasos del hombre de la cara rosa cuando se levantaba para afeitarse y engominarse el pelo con Brylcreem; también podía per-

cibir el olor a humedad del abrigo del señor de los dientes amarillos, el tipo solo comía cosas que oliesen a palomitas de maíz con mantequilla o a pescado a la crema. Más tarde, cuando los pubs cerraban, Shuggie era capaz de precisar el momento exacto en que cada hombre regresaba a casa, sano y salvo.

El baño compartido tenía una puerta de vidrio texturizado. Echó el pestillo y tiró un momento del pomo para asegurarse de que estaba bien cerrada. Se desabrochó el pesado anorak y lo puso en una esquina. Abrió el grifo del agua caliente para sentir el agua, al principio estaba templada por el calor residual, luego el grifo pegó como dos bufidos y salió más fría que el agua del Clyde. El frío fue tan desagradable que tuvo que meterse los dedos en la boca. Cogió una moneda de cincuenta peniques, le dio la vuelta con tristeza y, tras introducirla en el calentador de inmersión, observó cómo la llamita de gas cobraba vida.

Cuando abrió el grifo otra vez, el agua salió congelada y, entonces, con una tos, empezaron a caer chorros de agua hirviendo. Mojó el paño de cocina, se lo pasó por su helado y pálido pecho, luego por el cuello, y sintió alivio al ver el calor humeante que desprendía el trapo. Hundió la cara y la cabeza en ese extraño calor y deseó estar en una bañera llena hasta el borde, inmerso en aguas calientes, lejos de los olores del resto de inquilinos. Hacía mucho tiempo que no sentía todas las partes de su cuerpo calientes a la vez.

Levantó el brazo y se frotó con el paño desde la muñeca hasta el hombro. Puso la musculatura del brazo en tensión y se rodeó el bíceps con los dedos. Si lo intentaba de veras, casi podía tocarse los dedos, y si apretaba fuerte, podía sentir el contorno del hueso. Su axila estaba cubierta por una fina pelusilla, como las plumas de un patito que acaba de romper el cascarón. Acercó la nariz, olía a dulce y a limpio y a nada más. Se pellizó sus blandas carnes con fuerza hasta que se pusieron rojas de frustración; se

olió los dedos de nuevo: nada. Frotándose ahora con más ahínco, empezó a repetir en voz baja:

–Resultados de la liga escocesa de fútbol. Rangers: 22 victorias, 14 empates, 8 derrotas, 58 puntos en total. Aberdeen: 17 victorias, 21 empates, 6 derrotas, 55 puntos en total. Motherwell: 14 victorias, 12 empates, 10 derrotas...

En el espejo, su pelo mojado lucía negro como el carbón. Se lo peinó hacia delante, tapándose la cara, y se sorprendió al comprobar que casi le llegaba a la barbilla. Intentaba hallar algo masculino en él, algo que pudiese admirar; los rizos negros, la piel lechosa, los pómulos altos. Observó el reflejo de sus propios ojos en el espejo. Pero nada. Los chicos de verdad tenían otros rasgos, otras hechuras. Se frotó de nuevo.

–Rangers: 22 victorias, 14 empates, 8 derrotas, 58 puntos en total. Aberdeen: 17 victorias...

Entonces se oyeron pasos en el pasillo, el familiar crujido de unos pesados zapatos de cuero y, luego, nada. La fina puerta tembló obstinadamente contra el cierre. Shuggie cogió la parka militar y se envolvió el húmedo cuerpo con ella.

Al principio de mudarse al estudio de la señora Bakhsh, solo uno de los inquilinos reparó en su presencia. Tanto el hombre de la cara rosa como el de los dientes amarillos iban tan a lo suyo, o estaban tan tajados, que no le prestaron ninguna atención. Pero aquella primera noche –Shuggie estaba sentado en la cama comiéndose el cuscurro de una barra de pan untado en mantequilla– se oyó un golpe en la puerta. El hombre que había al otro lado era alto y fornido y olía a jabón de pino. En la mano llevaba una bolsa de plástico con doce latas de *lager* que tintineaban como las campanas de una iglesia. El hombre le tendió la mano, se presentó como Joseph Darling y le ofreció la bolsa con una sonrisa. Shuggie intentó decir «no, gracias» del modo educado en que le habían enseña-